

Algunos de los versos de las bailadoras no carecían de agudeza y de chiste. De entre los publicables recordamos éste:

Una mañana muy fría
No tenía que cobijarme,
Subí al cerro y comí tunas,
Ya tuve con qué taparme.

Pocos años duró la costumbre de que las familias distinguidas que concurrían á las verbenas de los barrios, hicieran extensivo su paseo á las plazuelas donde se situaban los jueguitos. Se apoderó de esa diversión la gente viciosa y la convirtió en teatro de riñas y de escándalos. Por tal motivo las familias se limitaron, como sucede hasta hoy, á concurrir á las visperas y maitines que se verifican en los templos, retirándose luego á sus domicilios. Raras son las que suelen entrar á un puesto á cenar, pero para esto es necesario que ya otras estén en él, y sólo lo hacen en dos ó tres de esas verbenas, á cuyos barrios acostumbra ir muchas familias de la ciudad, pues las de los demás han perdido de tal modo el prestigio, que en lo general se abstiene de concurrir á ellas la gente decente.

FIESTAS RELIGIOSAS Y POPULARES EN SAN LUIS POTOSÍ.

III.

De la serie de verbenas de los barrios que he mencionado en el artículo anterior, seguía la de Todos Santos en el centro de la ciudad, pero esta fiesta que durante muchos años fué la principal de San Luis, puede ya considerarse totalmente terminada. Sólo quedan de ella los actos religiosos en el interior de los templos y los recuerdos de las solemnidades profanas en la memoria de los que alcanzamos á verlas.

¿A qué se debe la terminación de esas fiestas con las que tanto gozaban todas las clases sociales y en las que estaba tan interesado nuestro comercio por el gran movimiento que á todos los giros imprimía la grande afluencia de forasteros? Verdaderamente no se encuentra una explicación satisfactoria.

Empezó á notarse la decadencia de esas fiestas desde que se formó el jardín en la plaza principal. Acostumbrados todos los comerciantes en dulces y frutas á establecer sus vendimias en esa plaza, creyeron que cambiando de local no concurriría el público y perderían en su comercio.

Formado el referido jardín, ordenó el Ayuntamiento que en la plazuela de San Francisco se establecieran los tradicionales puestos. Los comerciantes en dulces y frutas y los fondistas fueron á ella y establecieron sus tiendas provisionales, si no con todo el lujo con que los ponían en la plaza principal, si, al menos, con mediana decencia; pero los fruteros se resistieron á ir á aquella plaza, y prefirieron quedarse en el antiguo mercado; de lo que resultó que la concurrencia de paseantes y consumidores se dividiera, desluciendo ya desde entonces la popular festividad.

Después se formó en la misma plazuela de San Francisco el jardín que ahora la adorna, y no quedando ya otra plaza desocupada en punto céntrico de la ciudad, se llevaban las tiendas y puestos á la Alameda ó al mercado antiguo, puntos que no cuadraban á los comerciantes ni al público, y de año en año ha ido disminuyendo la importancia de esa fiesta, hasta el grado de vulgaridad en que ahora la vemos.

Esa es, tal vez, alguna de las causas para que las mencionadas fiestas hayan desaparecido; pero ella no satisface plenamente, porque había podido ser removida por el alto y bajo comercio que en esa temporada hacía importantes y grandes transacciones, y por el mismo Gobierno y el Ayuntamiento, interesados también en su continuación por los pingües productos que ingresaban á sus respectivos erarios.

Difícil será, casi imposible, volver á las fiestas de Todos Santos su antiguo esplendor, y ya que ellas pertenecen sólo á la historia, creo que se leerá con algún agrado la reseña de esa festividad en tiempos pasados.

Es de remota fecha la conmemoración de los fieles difuntos. La iglesia la ha celebrado desde la fundación y dedicación del templo parroquial, y el pueblo hacía el comercio de cera y pan corriente. La primera para ofrenda á sus deudos finados y la segunda para alimento y regalo de los indios que venían á la ciudad á rezar por las ánimas de los muertos.

Durante muchos años se limitaron las fiestas á los actos religiosos y al comercio referido, pero desde el año de 1838 comenzaron á tener mayor suntuosidad. En ese tiempo se destinaba para los puestos de dulces, frutas, juguetes, cantinas y fondas, la plaza del mercado frente al edificio de la Alhóndiga que entonces estaba enteramente despeja-

da, pues todavía no se construyó la especie de Parián que hace poco tiempo desapareció.

Para que se verificara la festividad de los muertos en la plaza referida, se cambiaba á la de San Juan de Dios el comercio diario que en aquella había, se llenaban con tierra los hoyos en que colocaban los quita sol de manta de ixtle que usan todavía nuestros puesteros, se nivelaba todo el terreno y se hacía de éste un reparto conveniente para la colocación de jacalones y tiendas provisionales. Toda la plaza se cubría con la vela de lienzo que anualmente se ponía en las calles para la procesión de Corpus Christi, y año por año fué creciendo en importancia la fiesta de los muertos hasta llegar á la altura en que la vio la generación que va acabando.

Terminada la construcción del mercado en 1850, se hacía la fiesta en esa plaza ó en la principal, según lo mandaba el Ayuntamiento que funcionaba, pero ya fuera en una ó en la otra, fué por muchos años la fiesta profana más popular en San Luis. No había familia, por limitados que fueran sus recursos, que sus miembros no estrenaran el día de Todos Santos un traje ó cuando menos una pieza de ropa ó un sombrero. De todas las poblaciones, haciendas ó ranchos cercanos á San Luis, hasta un radio de 25 á 30 leguas, venían todas las gentes que podían hacer el gasto del viaje, y los indispensables de la ropa nueva, valor de la cera para el sufragio de las ánimas y luego el de los muertos y calaveras de dulce, de las chirimpyas, orejones de durazno y de tunas, queso de higo y cuero de membrillo.

Desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche, no se podía dar un paso en la plaza destinada para el mercado de Todos Santos. La gente de la ciudad estaba en minoría, los vecinos de ella se creían en tierra extraña, tal era el número de forasteros, que en esa temporada venían á disfrutar de las fiestas y á consagrar sus recuerdos á los que se habían anticipado al viaje eterno, suponiéndolos á todos en el santo purgatorio en espera de la vela y el responso para emprender el vuelo á la corte celestial.

Las familias de San Luis se apoderaban de los asientos que en los puestos más lujosos había para los parroquianos. Los jóvenes se colocaban sentados ó de pié por fuera de los puestos, y las leonas (1) desde el interior hacían el blan-

(1) Así se les decía á las jóvenes que ahora se les llaman pollas.

co de sus críticas punzantes á las lugareñas que se presentaban en ese paseo ataviadas con sus mejores trajes, traídos ó confeccionados aquí al estilo y gusto de sus pueblos.

En una de tantas fiestas de esa popular temporada, por los años de 1854 á 1855, estuvieron en uso entre las damas á la moda, unos cojines que se colocaban en las asentaderas, para abultarlas con más ó menos exajeración. Últimamente reinó otra vez esa moda, primero con el nombre de Puff y después de Polizón, con la diferencia de que los adelantos en todas las artes le dieron al aparato diversa figura, y era construido con varillas de fierro ó de ballena que lo hacían menos molesto y podían las damas asegurar-lo mejor á su cuerpo.

En los años á que nos venimos refiriendo, era muy escaso en nuestra plaza mercantil el surtido de efectos de lujo y fantasía, de suerte que las señoras, para someterse á las exigencias de la moda, tenían necesidad, en muchos casos, de confeccionar ellas mismas los objetos que debían de servirles para presentarse conforme á los figurines que solían llegar á sus manos, ó á imitación de alguna señora de las que rarísima vez venían de la capital, luciendo un elegante traje hecho por alguna modista de París.

Las señoras cuyos recursos se los permitía, hacían aquellos cojines de buena lana ó algodón, con su funda de raso ó de otra tela de valor, las de menos proporciones hacían la funda de cotí ó de manta, y las pobres que sacrifican hasta lo indispensable para la subsistencia por vestir á la moda é igualarse á las de grandes fortunas, porque creen que de otro modo no podrán encontrar un novio que les hable de matrimonio, lo usaban de pedazos de trapos viejos ó de zalea; y como con tales útiles no era posible dar al cojin la forma conveniente, resultaban unos picos ó promontorios que desfiguraban el cuerpo de la joven, cuando tal vez lo tenía ésta bien formado por la sola obra de la naturaleza.

Recuerdo que en uno de los días de Todos Santos, estaba esa moda en todo su apogeo. Rara era la señora casada, viuda ó doncella, que no portaba ese molesto adminículo, disputándose la primacía en lo exagerado del bulto.

Estábamos varios amigos, estudiantes, viendo pasar gente á poca distancia de una familia potosina que ocupaba los asientos de un puesto. En esa familia había una niña de nueve á diez años de edad, á la que llamándole, sin du-

da, la atención la multitud de señoras que pasaban con aquellos exagerados bultos, se dirigió á la autora de sus días diciéndole: "Oye, mamá, el día de Todos Santos del año pasado no había tantas señoras *nalgonas* como hoy." Esta niña vive todavía y es ahora madre de una distinguida y preciosa familia.

El día de Todos Santos, á las tres de la tarde, empezaba el doble (1) general en todos los templos de la ciudad y villas suburbias, y en el momento parecía que las gentes brotaban de los empedrados. Todos salían de sus habitaciones ú hospedajes á concurrir á los actos religiosos de la Iglesia y á comprar las velas de cera y los muertos de harina. Volvían á sus casas y encendían tantas velas cuantos eran los muertos que había habido en sus familias, las ponían en una mesa y al rededor de ellas los muertos de harina; dejaban que las velas, que ardían desde esa tarde hasta la noche del siguiente día, hicieran su oficio de purificar las ánimas de sus finados deudos, y entre tanto se dirigían otra vez con sus chiquillos y criados á lucir sus personas al paseo de la plaza y á comer muertos y cajones de dulces.

En cualquier día del año, los dobles de las campanas contristaban los ánimos y arrancaban una plegaria ó un *Dios le haya perdonado* á favor del que acababa de pasar los umbrales de la eternidad; pero en el día de Todos Santos la cosa era distinta: el llanto de la Iglesia llamaba á los fieles á que hicieran los últimos sufragios por las almas de sus deudos para que salieran de las llamas de la purificación y fueran á gozar del premio destinado á los justos en el reino de Dios, y esto no era causa de dolor, al contrario; los lamentos de las campanas indicaban que era llegada la hora de hacer esos últimos sufragios, y por eso los creyentes corrían contentos á ofrecerlos, y luego se entregaban á las expansiones del placer con la seguridad de que las almas de sus deudos no pasarían un día más entre las llamas.

Los actos religiosos del 2 de noviembre eran los mismos que ahora se acostumbra, con la diferencia de que entonces se colocaban desde muy temprano algunos sacerdotes

(1) Se llamaba "doble" á un toque especial de las campanas, que indicaba el duelo de la Iglesia por la muerte de alguna persona en el seno de la religión católica, apostólica romana.

en las puertas de los cementerios, para rezar ó cantar responsos por los muertos cuyos deudos lo solicitaban.

Desde la noche de ese día seguían ya en más carácter las fiestas profanas de la plaza. Los fruteros, cantineros y fondistas, hacían su agosto; servían mal y caro; pero era de rigor que todas las familias cenaran cuando menos una noche en los puestos de la plaza. El flambre, el mole de guajolote, el bacalao á la vizcaina y los chiles pöcos, eran los platillos indispensables en los días de la temporada. Algunos fondistas se permitían el lujo de agregar el salmón, las carnes frías y diversas ensaladas. Concurría una familia, supongámola de seis personas, les servían cinco platillos entre ellos los humildes frijoles, una botella de mal vino español, porque entonces no había cerveza, una pieza de fruta que había pasado con vertiginosa rapidez por una delgada miel de azúcar negra, y un café tan incoloro como nuestros políticos modernos. Por esa cena se cobraba de ocho á diez pesos, siempre que el jefe de aquella familia no fuera un rico propietario ó comerciante, pues si era de esa categoría, como entraba también en el lujo no pagar en el acto de ser servido ni preguntar lo que se debía, al día siguiente se presentaba en el escritorio, tienda ó almacén, un dependiente del puesto, llevando una cuenta con malá letra pero con grandes números, cuyo importe no bajaba de cuarenta y cinco á cincuenta pesos, porque para dar gusto á la señorita H. se habían abierto latas de diversos pescados, se habían consumido tantas botellas de vino y de champagne, y para que la familia estuviera en el comedor solá y contenta, no se había permitido la entrada á otros consumidores. Presencié una vez el servicio al jefe de una casa alemana que actualmente vive en Europa, y que llevó á cinco amigos de su nacionalidad á obsequiarlos á un puesto. Consumieron en la cena siete ú ocho botellas de vino tinto; en los postres un cestón de champagne, y como esos vinos hicieron su efecto en los cerebros de aquellos extranjeros, ya para retirarse, después de media noche, y á guiza de salva por lo contentos que habían estado, tomaron las puntas de los manteles y los levantaron con todo el servicio de mesa, cayendo éste y haciéndose pedazos los platos, vasos y botellas vacías. Indudablemente no pasarían de doce los primeros y otros tantos los segundos, y los cascos eran los de los mismos

vinos que habían consumido. Al siguiente día el dueño del puesto cobró por todo doscientos pesos, que sin remedio tuvo que pagar el comerciante anfitrión.

Estas fiestas duraban por lo general, de ocho á diez días; pero desde el cuarto ó quinto iba disminuyendo la concurrencia, principalmente la de familias decentes, quedando para los últimos la de mujeres perdidas y jóvenes y viejos calaveras que formaban en el interior de los puestos reuniones más ó menos escandalosas en las que con frecuencia tenía que intervenir la policía.

Algunas veces se proyectó decretar una feria para los primeros días de noviembre, en vista de la numerosa concurrencia que de muchas poblaciones venía á pasar aquí esa temporada; pero nunca pasó de proyecto en cartera, sin que llegara á discutirse. Seguro es que en aquellos tiempos hubiera dado esa feria muy buenos resultados para el movimiento mercantil.

La fiesta de Todos Santos, ha ido perdiendo poco á poco su importancia, hasta el punto en que hoy la vemos. Ya no se ponen puestos lujosos ni servidos por personas de buena educación. Ya no viene el gentío que invadía á la ciudad en esa temporada. Esa fiesta ha venido á quedar reducida á los mismos puestos ordinarios de las fiestas de los pueblos, á los que jamás concurren las familias de buena sociedad.